

JACULATORIAS. — Apartad mis ojos de la vanidad que reina en el mundo, y haced que camine con valor por el camino que conduce á vos. (*Psalm. 118.*)

En el mundo no hay otra cosa que vanidad y nada. (*Eccl. 1.*)

PROPOSITOS.

1 Miranse los buenos en el mundo como gentes simples, groseras, inútiles, porque no se hallan en todas las diversiones; deserrados en el mundo del comercio de aquellos que en él se llaman gentes de suposicion como indignos de presentarse en sus brillantes reuniones, son, segun ellos, gentes que no saben vivir y á quienes miran con lástima. Pero esperad un poco; esos dias placenteros se oscurecerán; ese brillo que encanta y ese tumulto que aturde, caerá. Llantos y amargos arrepentimientos sucederán á todos esos falsos placeres, á todos esos festines tan poco cristianos; la muerte pondrá en claro quien ha sido el sabio, y quien es el que se ha engañado. Si quereis ser verdaderos discipulos de Jesucristo, declaraos altamente contra el espíritu y las máximas del mundo; guardaos de avergonzaros jamás del Evangelio; no hagais ostentacion, pero sí profesion de piedad.

2 Tened horror á ese respeto humano, tan indigno de un cristiano, que impide muchas veces que se haga todo lo bueno que puede hacerse para dar buen ejemplo. Decid con frecuencia á vuestros hijos, á vuestros amigos y en ciertas ocasiones: ¿qué viene á ser este mundo? ¿por qué hemos de seguir los estilos y las máximas del mundo? ¿por qué nos hemos de sujetar á sus indignas leyes? Sea pues el Evangelio vuestra regla de costumbres. Prohibios cuanto pudiereis todas esas fiestas puramente mundanas; emplead ese tiempo en hacer la corte á Jesucristo.

DOMINGO QUINTO DESPUES DE PASCUA.

PARACE que la Iglesia ha querido aprovecharse de la reprehension que Jesucristo daba á sus apóstoles, cuando habiendoles declarado que habia llegado el tiempo en que era necesario que les dejase para volver á su Padre, en lugar de regocijarse de su triunfo y de la gloria de que iba á tomar posesion en el cielo, se habian abandonado á la tristeza mas amarga. La Iglesia, entrando en el sentido del Hijo de Dios como gobernada por su espíritu, parece que redobla su alegría é inspira á sus hijos los sentimientos de un gozo cada vez mas sensible, á medida

que se acerca mas al dia de la ascension gloriosa del Salvador.

*Publicad las voces de la alegría, las cuales deben resonar por todas partes; publicadlas hasta los extremos de la tierra. El Señor ha librado á su pueblo; le ha sacado de la cautividad; le ha vuelto á su dulce patria: tribútense por siempre alabanzas, gloria, bendicion, y acciones de gracias á aquel por quien hemos recobrado por fin la libertad; y que nos ha abierto la celestial Jerusalem. Pueblos de toda la tierra, testificad vuestra alegría al Señor: celebrad su nombre con vuestros himnos; dadle la gloria que le es debida, y no ceseis de alabarle. Por este desahogo de alegría y con este cantico de gozo comienza hoy la Iglesia la misa. Este introito está tomado de Isaías. Describiendo este Profeta el misterio de nuestra redencion, en la narracion que hace de la libertad del pueblo judío de la cautividad de Babilonia, la cual era la figura, convida á todas las naciones del mundo á que se derramen en regocijo, y que por todas partes se oigan sus voces de gozo y sus cánticos de alegría. (*Isai. 48.*) Anunciad esta nueva, y publicadla hasta los confines del mundo. Decid en todas partes, el Señor ha rescatado á Jacob su siervo. A esta prediccion de Isaías es á la que alude la Iglesia en las palabras del introito. Mas espiritual que lo eran entonces los apóstoles (inconsolables por la pérdida que iban á hacer de la presencia corporal del Salvador) en la vispera de celebrar su gloriosa ascension al cielo, exhorta á sus hijos á que se regocijen por una separacion corporal que debia serles tan ventajosa, puesto que debia perfeccionar su fe, y abrirles la entrada de la patria celestial. Porque, como dice el gran pontífice S. Leon, la ascension triunfante de Jesucristo es una prenda segura de la nuestra. Tomando la cabeza posesion de su gloria, asegura el derecho y la esperanza que á ella tiene todo el cuerpo. ¿No es justo que ostentemos nuestra alegría con acciones continuas de gracias?*

Llámase este domingo el domingo de las rogaciones, porque los tres dias que siguen están consagrados para dirigir súplicas solemnes al Señor, las cuales se llaman tambien letanias mayores; y tambien porque el Evangelio de este dia es una invitacion ejecutiva que nos hace el Señor á que le espongamos todas nuestras necesidades y le pidamos con confianza. Como el dia de mañana está singularmente dedicado á la fiesta de las rogaciones, se traslada á él su historia.

La Epistola de la misa de este dia está tomada de la católica de Santiago, la cual fué tambien el asunto de la Epistola del domingo precedente. Despues de haber exhortado el santo Apóstol á los fieles á que se instruyan con cuidado en las verdades de

nuestra religion, les declara aquí que no basta escuchar y aprender todas las verdades del Evangelio, si no se ponen en práctica. *Poned en práctica*, hermanos míos; les dice, *la palabra, y no la escuchéis solamente, engañándoos á vosotros mismos.*

Hacian entonces mucho ruido entre los fieles las Epístolas de S. Pablo. Muchos habian creído que las buenas obras no eran necesarias para la salud, y que bastaba la fe sin las buenas obras. De suerte que tomando mal el pensamiento de S. Pablo abusaban de su doctrina. Entre los judíos convertidos los unos estaban escandalizados de una doctrina semejante, y miraban á S. Pablo como enemigo de la ley, sin hacerse cargo de que el santo Apóstol no habla mas que de las ceremonias legales de la antigua ley, y de ningun modo de la observancia de la ley evangélica; otros arrastrados del mismo error, miraban la nueva ley como inútil, y se figuraban que para salvarse bastaba tener fe. Para curar Santiago aquellos espíritus, esplica á los fieles los verdaderos sentimientos del apóstol S. Pablo, y demuestra aquí que la fe sin las buenas obras es inútil, conforme á lo que escribe S. Pablo á los romanos: *No ya aquellos que oyen la ley son justos delante de Dios, solo serán justificados los que practican la ley (Rom. 2);* esto es, los que practiquen la ley, sean judíos, sean gentiles, ya que hayan recibido la ley de Moisés, ya que no la hayan recibido, serán justificados, no por las obras solas, sino por sus obras hechas por la fe, y con la gracia que Dios les hubiere otorgado. (*Galat. 3.*) *La fe que obra por la caridad*, porque sin esta caridad viva y activa todo lo demás de nada sirve, como se esplica el mismo Apóstol. (*1. Cor. 13.*)

Porque si alguno oye la palabra sin ponerla en práctica, se le comparará á uno que ve su rostro natural en un espejo, y que luego que se ha visto se retira y se olvida de su figura. El Evangelio, dice S. Bernardo, es un espejo fiel, á nadie engaña, cada uno se ve en él tal como es: por mas que uno quiera ocultar sus defectos, la divina palabra nos los demuestra: secreta vanidad, amor propio sutil, pasion disimulada, exterior engañoso, todo disfraz aparece en este espejo, la menor arruga se descubre, en nada engaña. Pero ¿de qué sirve mirar al espejo si no se hace mas que como de paso, y un momento después de haberse visto se olvida uno de las manchas que tiene en el rostro? Sin embargo ¿queremos ser dichosos? tengamos sin cesar delante de los ojos la ley del Evangelio, que nos libra de la servidumbre de las ceremonias legales y nos hace hijos de Dios. No, ella no nos ocultará ningun defecto, ella nos descubrirá lo que nuestro amor propio nos oculta. No la miremos como de paso, antes si

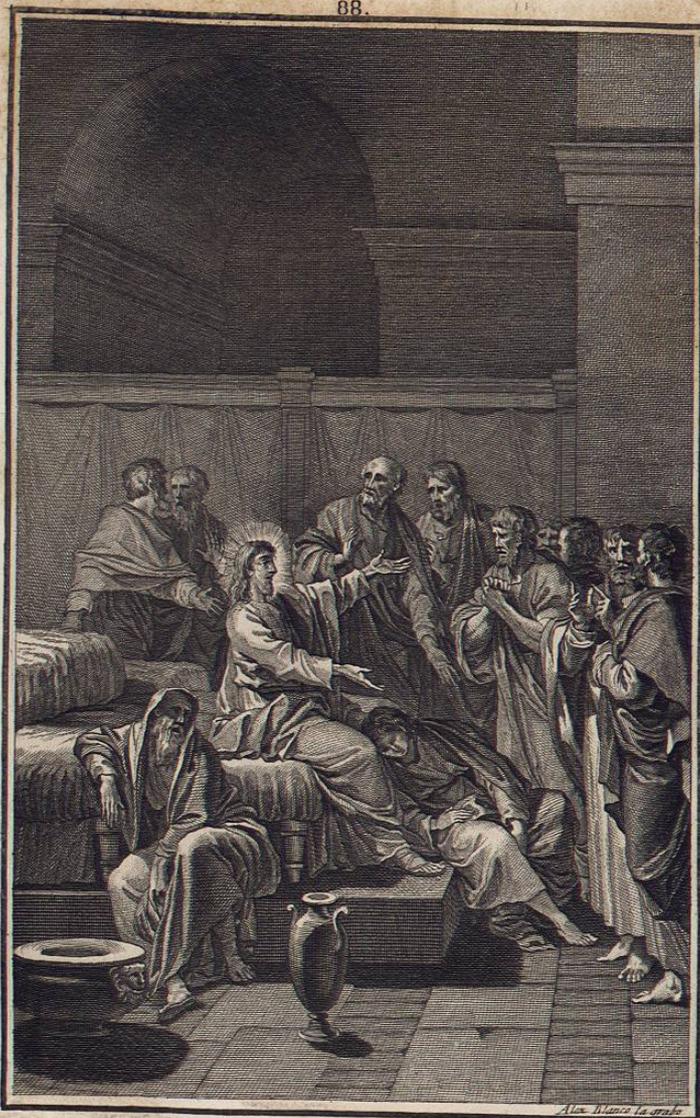
escuchémosla con el designio de practicar lo que ella nos dice, y de quitar los defectos que ella nos descubre; este es el medio de asegurar nuestra salud. En esta comparacion de que se sirve el Apóstol, el espejo es la palabra de Dios que nos representa lo que somos y lo que debemos ser: el rostro del hombre es el estado interior de su conciencia: los lunares del rostro son los pecados de que está manchada la pureza del alma: mirarse en el espejo es oír la palabra de Dios, y notar en ella la diferencia de lo que somos, y de lo que debemos ser segun el Evangelio: olvidar el estado en que uno se ha visto, es poner en olvido las verdades que se nos han predicado: en fin, no lavarse es descuidar el corregirse, y borrar con las lágrimas de la penitencia la inmundicia de nuestros pecados.

Tambien advierte Santiago á los fieles que si alguno piensa que tiene religion, no refrenando su lengua, sino engañándose á sí mismo, su religion en este caso es una religion frivola. Los judíos convertidos á la fe, á quienes está escrita esta carta, estaban todavia tan encaprichados en la observancia de sus ceremonias legales que no cesaban de prorumpir en quejas, y aun algunas veces en injurias contra los que no las observaban. Desplegaban sus zelos y su pasion en agrias invectivas, y todo bajo del pretexto de zelo por la religion, y esto fué lo que obligó al Apóstol á decirles, que su pretendido zelo era una ilusion; que la verdadera piedad consiste en pensar siempre bien de su prójimo, y no juzgar nunca ni hablar mal de nadie; y que el verdadero zelo es inseparable de la circunspeccion, de la modestia y de la caridad. Por fin, concluye con una leccion que encierra otras muchas mas: la religion pura y sin mancha delante de Dios, les dice; la sólida piedad, el zelo verdaderamente cristiano, no consiste en disputas ni en vanas especulaciones, sino en la práctica constante de una ardiente caridad. Visitar los huérfanos y las pobres viudas en sus aflicciones, ejercitarse continuamente en las obras de misericordia, y preservarse de la inmundicia de este mundo corrompido en que vivimos; he aquí lo que prueba visiblemente que somos cristianos, esto es lo que honra la religion que profesamos, y lo que constituye una prueba de ella.

El Evangelio de la misa de este dia es una parte de aquel admirable discurso que hizo Jesucristo á sus discípulos después de la cena la vispera de su muerte, en el que este divino Salvador, después de haberles dicho que iba á dejarles para acabar la grande obra de su salvacion con el sacrificio de su vida, les predice que su ausencia no seria larga, porque dentro de

tres dias le volverian á ver en un estado muy diferente del en que le nabian visto. Que por lo que miraba á ellos se verian en verdad en la desolacion y en la tristeza; pero que su tristeza se convertiria en una alegria que nadie seria capaz de quitarles. Esto bastará, les decia, para enjugar todas vuestras lágrimas, para calmar todas vuestras inquietudes, y para indemnizaros con muchas ventajas de todo lo que hubiereis padecido por mi amor. Entonces mas que nunca comenzareis á gozar del favor de mi Padre. El Espíritu Santo os colmará de sus dones, y os instruirá tan perfectamente en todas las cosas, que no tendreis ya necesidad de tenerme visiblemente cerca de vosotros para consultarme en vuestras dudas. Por lo que hace á mi Padre, él os ama, porque vosotros me amais, y os aseguro en verdad que no os negará nada de lo que le pidierais en mi nombre y por mis méritos. Ved aquí, os enseño un nuevo modo de orar muy fácil y muy eficaz, el cual no se hará comun hasta que mi reino se hubiere establecido en el cielo, en donde yo seré vuestro mediador, siempre pronto á apoyar vuestras peticiones. Mi Padre no podrá negarme nada, ni tampoco á vosotros siempre que lo pidierais en mi nombre. Hasta aquí nada habeis pedido en mi nombre. Pedir en nombre del Salvador, dice S. Gregorio, es pedir lo que es verdaderamente útil para la salvacion. Los apóstoles habian pedido al Salvador muchas cosas: S. Juan y Santiago le habian pedido los dos primeros puestos en su reino; S. Pedro le habia pedido la curacion de su suegra; pocos de sus apóstoles habian dejado de pedirle algun favor, ó para sí mismos, ó para sus amigos; pero el Hijo de Dios cuenta por nada todo lo que no se dirige á la salvacion ó á la perfeccion. ¡Bienes temporales, vanos honores, salud corporal, vosotros no sois objetos dignos de la atencion de Dios! ¿A cuántos cristianos podria hacerse el dia de hoy la misma reconvencion que Jesucristo hizo á sus discipulos? ¿Cuántos no han pedido aun nada en nombre del Salvador? *Pedid y recibireis*; la promesa que os hago, dice el Salvador, debe inspirar á vuestra alma un gozo lleno y perfecto. En efecto, ¿qué cosa de más consuelo que el estar seguros de que todas vuestras peticiones serán eficaces? Vosotros poseeis el secreto para ser siempre oidos. Pedid en mi nombre; vuestra oracion será siempre oida. ¿Qué es, pues, lo que podrá turbar jamás vuestra alegria, si estais seguros de obtener infaliblemente todo lo que pidierais?

Hasta aquí, continua el Salvador, os he hablado en parábolas, esto es, de una manera figurada y enigmática, porque no erais todavía capaces de comprender los grandes misterios de la



Alex. Blanco la oración

religion. Esta es la última conversacion que tendré con vosotros antes de mi muerte. Os he hablado en términos figurados y oscuros, me he servido de ciertas parábolas cuyo sentido no habeis podido penetrar. De aquí adelante me explicaré con vosotros sin figuras; os hablaré claramente de mi Padre despues de mi resurreccion; os descubriré sin enigmas y sin parábolas el misterio inefable de la Trinidad, el de mi Encarnacion, el de mi pasion, el de mi muerte, todo lo que concierne á la economía de la salvacion y al establecimiento de mi Iglesia, y vosotros comprendereis todo lo que yo os diré, en virtud de la inteligencia que os dará el Espíritu Santo. Entonces vosotros mismos tendreis un acceso inmediato á este Padre infinitamente bueno, é infinitamente liberal; no tendreis que pedirle en mi nombre para ser oidos. No tengo necesidad de deciros que yo rogaré á mi Padre por vosotros y que uniré mis ruegos á los vuestros; vosotros debéis estar seguros que os amo mucho para que jamás os olvide; pero aun quando yo no concurriese para que obtengais lo que pidierais, basta que me hayais amado y que hayais creído en mí para obligar á mi Padre á que os acuerde el efecto de vuestras peticiones. ¡Oh, y cuánta verdad es que no hay verdadera prohibidad, verdadera sabiduria ni verdadera justicia sino la que está fundada en el conocimiento y en el amor de Jesucristo! El Padre no ama sino á los que conocen y aman á su Hijo; á nadie oye sino en virtud de los méritos de su Hijo. Vana sabiduria, prohibidad simulada, fantasma de hombre de bien, quando el conocimiento y el amor de Jesucristo no son el alma de esta pretendida sabiduria, de esta aparente prohibidad; ninguno es hombre de bien si no es verdaderamente cristiano.

Viendo el Salvador á sus apóstoles movidos y penetrados de las verdades que acababa de enseñarles, les hizo en dos palabras un compendio, por decirlo así, de los mas grandes misterios de nuestra religion. *Yo he salido de mi Padre, les dice, y he venido al mundo; así tambien dejo el mundo, y me vuelvo á mi Padre.* Estas pocas palabras encierran los principales artículos de nuestra fe en orden á la persona del Hijo de Dios. Su generacion eterna: *Yo he salido de mi Padre:* su encarnacion, *he venido al mundo:* su resurreccion y su gloriosa ascension, *me vuelvo á mi Padre.* He aquí en pocas palabras toda la economía de la redencion del género humano, y el compendio de nuestra creencia. No habiendo comprendido los apóstoles el sentido de las palabras de Jesucristo: *Dentro de poco tiempo no me vereis ya, y poco tiempo despues me volvereis á ver, porque me voy á mi Padre;* querian preguntárselo, pero conociendo el Sal-

vador su pensamiento habia prevenido su deseo, y se habia explicado mas claramente. Esto fué lo que obligó á los apóstoles á decir: *Ahora estamos convencidos de que sabes todas las cosas, y no tienes necesidad de que nadie te pregunte para aclararle sus dudas, porque tú las sabes aun antes que te se propongan; tú descubres lo mas secreto del corazon, y esto es lo que nos hace creer que has salido de Dios. Solo Dios es el que puede penetrar el fondo del corazon, y descubrir los mas secretos pensamientos; así es, que nada nos confirma mas en la fe en que estamos de que tú eres el verdadero Mesias, y el verdadero Hijo de Dios.*

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, à quo bona cuncta procedunt, largire supplicibus tuis: ut cogitemus, te inspirante, quæ recta sunt, et te gubernante, eadem faciamus. Per Dominum...

O Dios, que sois el autor y la fuente de todo bien, suplicámoos con el mayor encarecimiento que os digneis concedernos la gracia de que conozcamos lo que debemos hacer, y la de hacer lo que debemos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola está tomada de la del apóstol Santiago, cap. 1.

Charissimi: Estote factores verbi, et non auditores tantum; fallentes vosmetipsos. Quia si quis auditor est verbi, et non factor; hic comparabitur viro consideranti vultum nativitatissuæ in speculo: consideravit enim se, et abiit, et statim oblitus est qualis fuerit: qui autem perspexerit in legem perfectam libertatis, et permanserit in ea, non auditor obliviosus factus; sed factor operis, hic beatus in facto suo erit. Si quis autem putat se religiosum esse, non refrenans linguam suam, sed seducens cor suum, hujus vana est religio. Religio munda, et immaculata apud Deum et Pa-

Amadísimos hermanos: Practicad la palabra, y no os contenteis solo con oirla, engañándoos á vosotros mismos: porque si hay alguno que no haga mas que escuchar la palabra, sin ponerla en ejecucion, á este tal se le comparará á un hombre que mira su rostro natural en un espejo, que luego que se ha visto se retira, y se olvida inmediatamente lo que era. Mas el que considera con atencion la ley perfecta, que verdaderamente libra, y se apega á ella, no como un hombre que escucha y que olvida, sino como un hombre que pone por obra lo que contiene, este

trem, hæc est: Visitare pupillos et viduas in tribulatione eorum, et immaculatum se custodire ab hoc seculo.

será bienaventurado en su conducta. Si alguno piensa que tiene religion, no poniendo freno á su lengua, sino engañándose á sí mismo; su religion es bien frívola. La religion pura y sin mancha delante de Dios nuestro Padre, es esta: visitar los huérfanos y las viudas en su afliccion, y preservarse de la inmundicia de este siglo.

«Era tan universalmente estimada la virtud de Santiago que ella le adquirió el nombre de Justo. El sumo pontífice Anano, hijo del célebre Anano ó Anás, fué el que le hizo quitar la vida. Hizosele subir á un paraje muy elevado del templo; preguntósele allí lo que se debia creer de Jesucristo; y él respondió en alta voz: Que era el Hijo de Dios, sentado á la diestra del Padre, de donde debia venir á juzgar á los vivos y á los muertos. A estas palabras muchos creyeron en Jesucristo; pero los doctores y los fariseos le precipitaron ellos mismos desde lo alto del templo. La Epistola habia sido escrita poco tiempo antes de su muerte, hácia el año 62 de Jesucristo.»

REFLEXIONES.

Si hay alguno que no haga mas que escuchar la palabra, sin ponerla en ejecucion, á este tal se le comparará á un hombre que mira su rostro natural en un espejo, que luego que se ha visto se retira, y se olvida inmediatamente lo que era. Pocos libros espirituales hay, pocos discursos cristianos que no sean espejos fieles, en donde cada uno puede verse tal como es. En efecto, por poco talento que uno tenga, se reconoce fácilmente en el retrato que hace un predicador cristiano y hábil; hállase uno pintado al natural en la lectura que hace de un libro de piedad. Están tan marcados sus rasgos, sus defectos, sus desarreglos, sus pasiones, su humor extravagante, su natural inmortificado, la irregularidad de su conducta, todo se ve allí tan semejante que no puede uno menos de reconocerse en ello. Nuestra conciencia nos dice en cada página y en cada carácter: tú mismo eres de quien aquí se hace el retrato; tu mal humor, tu ira, tus arrebatos, tu avaricia, tu dureza con tus hermanos, tu mundanidad, tu molición, esto es lo que aquí se pinta. Yo me leo en este retrato; yo me

veo en este espejo; contra mis hábitos viciosos, contra mis intrigas criminales, declama también el predicador, él habla de la inutilidad, del poco fruto de mis confesiones y de mis comuniones; ese pecador endurecido y eternamente rebelde á la gracia; esa mujer mundana tan escandalosa; ese hombre embriagado en el cuidado de los negocios temporales, y que ni piensa en el de su salvación; esa persona devota en apariencia, y en el fondo tan inmortalizada, tan imperfecta; ese jóven aturdido; ese libertino mas pagano que cristiano; ese soy yo. Por mas que se quiera aplicar lo que se lee ó se oye á cualquiera otro, la conciencia no cesa de clamar: tú mismo eres. El retrato es muy semejante para que no hiera; el espejo es muy fiel para que en él se vea otra imagen. Se ve uno allí, reconocense allí las manchas, la deformidad, las irregularidades de los rasgos nos chocan; vemos en ellas toda su fealdad, y la gracia interior nos inspira el horror. ¿Quién no diría que después de haberse uno visto en este espejo, tal como es; que al salir del sermón que tanto nos ha movido; después de haber hecho aquella lectura tan patética que nos ha horrorizado, íbamos al momento á trabajar, á reformar las costumbres, á reparar las malas confesiones, á restituir la hacienda tan mal adquirida, á romper aquel hábito, aquella intriga criminal; quién no diría que después de haberse uno visto tan feo, tan irregular, tan horrible en este espejo fiel, iba sin demora á lavar estas manchas, á reformar todos estos rasgos irregulares, que iba en fin á convertirse y á reformarse? pues nada menos que esto. Todo esto nos ha hecho eco, nos ha movido hasta arrancarnos lágrimas, nos ha espantado; pero apenas nos hemos visto y retirado, cuando nos hemos olvidado de lo que somos. Un negocio á que volvemos á aplicarnos en cuanto salimos de allí, una diversion que se renueva, una conversacion que se tiene, una noticia que se oye, una persona que se ve, un libro profano que se lee, nos hace olvidar el retrato horrible que acabamos de ver de nuestro interior, de nuestra alma; aquel proyecto, aquel aparato de conversion se estingue en su nacimiento, y pasada la pascua, acabado el retiro espiritual, después de todas estas bellas esperanzas, nos quedamos tales, y puede ser que peores que éramos antes. ¡Dios mio! ¡qué funesto es este olvido! El retrato que se ha olvidado volverá á parecer, el espejo se presentará otra vez á nuestra vista en la hora de la muerte; cerrados nuestros ojos á todos los objetos exteriores, no se abrirán entonces mas que para vernos tales como hemos sido, y tales como somos. Pero ¡Dios mio! ¡qué triste, qué espantoso, qué desesperante será el verse con tantas irregularidades y tantas manchas sin tener tiempo de lavarlas y de repararlas!

El Evangelio de la misa es tomado del capítulo 16 del de san Juan.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis: si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vos. Usque modò non petistis quidquam in nomine meo. Petite, et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum. Hæc in proverbii locutus sum vobis. Venit hora, cum jam non in proverbii loquar vobis, sed palam de Patre annuntiabo vobis. In illo die in nomine meo petetis: et non dico vobis quia ego rogabo Patrem de vobis: ipse enim Pater amat vos, quia vos me amatis, et credidistis, quia ego à Deo exivi. Exivi à Patre, et veni in mundum: iterum relinquo mundum, et vado ad Patrem. Dicunt ei discipuli ejus: Ecce nunc palam loqueris, et proverbium nullum dicis: nunc scimus quia scis omnia, et non opus est tibi ut quis te interroget: in hoc credimus, quia à Deo existi.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: En verdad, en verdad os digo, que si pidiereis alguna cosa á mi Padre en mi nombre, os la concederá. Hasta aquí no habeis pedido nada en mi nombre: pedid, y recibiréis para que vuestro gozo sea completo. Os he dicho todas estas cosas en parábolas; es llegado el tiempo en que no os hablaré mas en parábolas, sino que os diré con claridad todo lo que tiene relacion con mi Padre. Vosotros pedireis entonces en mi nombre, y no os digo que rogaré á mi Padre en favor vuestro; pues que mi Padre mismo os ama, porque vosotros me habeis amado, y habeis creído que he salido de Dios. Yo he salido de mi Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo al mundo, y me voy á mi Padre. Dijéronle entonces sus discipulos: Ahora hablas claramente y no te sirves de parábolas. Ahora estamos convencidos de que sabes todas las cosas, y que no necesitas que nadie te pregunte, y esto es lo que nos hace creer que has salido de Dios.

MEDITACION.

De la confianza en Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera cuan poderosos son los motivos que tenemos para tener una entera confianza en Dios, y cuan

eficaces deben ser para un espíritu y para un corazón cristiano. Nada hay, al parecer, á que Jesucristo se haya obligado mas frecuentemente ni con mas solemnidad que á oír nuestras oraciones, y cuanto pidiéremos á su Padre en su nombre; y sin embargo apenas tenemos confianza en Dios, ó á lo menos nuestra confianza en Dios es siempre vacilante. ¡Cosa estraña! Parece que solo en Dios es en quien no tenemos confianza, al paso que cualquiera otro apoyo, por débil que sea, nos parece incontrastable. Los sabios del mundo se apoyan en su prudencia, como si fuese infalible. Los ricos cuentan con su oro, los jóvenes con su edad, las personas robustas con su salud, como si fuesen todas estas cosas fundamentos muy sólidos. Confiase tanto en el favor, en la autoridad, en los amigos, que no se duda emprenderlo todo con tales apoyos. Todos los dias experimentamos la impotencia y la infidelidad de las criaturas, sin que esto pueda rebajar nada la confianza que tenemos en ellas: no dejamos de volver á confiar en esas cañas que tantas veces se han doblado, que tantas veces se han hecho pedazos en nuestras manos. ¿En qué consiste, pues, que esperamos tan poco en el Señor; en este Señor cuyo poder es inmenso, y su fidelidad tan probada? ¿En qué consiste que á pesar de todo lo que creemos acerca de la bondad y de la ternura de este Salvador para nosotros, tenemos tanta dificultad en poner nuestra confianza en él? Esto consiste en que no cuidamos de traer á la memoria, de meditar los motivos y las razones que tenemos para colocar en él toda nuestra confianza. Acordémonos de lo que Dios ha hecho en nuestro favor, y de lo que ha dicho. Misterio incomprensible de la Encarnacion, nacimiento oscuro, vida pobre y laboriosa, tormentos excesivos, muerte ignominiosa, y para hacer este sacrificio perpetuo, compendio milagroso de todas las pruebas, de todos los milagros de su amor en el adorable sacramento de la Eucaristia. ¿Qué nos parece? ¿nos ama este Dios? este Dios, este Salvador, ¿merece nuestra confianza? Tan justo como quisiéremos este juez, es nuestro Salvador, nuestro Redentor, nuestro Padre: quiere que su misericordia sea el mas brillante y el principal de sus divinos atributos; esto es lo que obligaba á decir al santo Job: *Si, aun cuando Dios me matare, yo no dejaria de esperar en él.* Despues de todo lo que Dios ha hecho por nuestra salud, ¿podríamos con razon no esperar en su misericordia? Por grandes pecadores que seamos, la vista de su cruz y de su sangre derramada por nosotros ¿no debe calmar todos nuestros temores, y reanimar toda nuestra confianza? Pero si á lo que este Dios Salvador ha hecho, añadimos lo que ha dicho para hacernos esperar en él, ¿qué es lo que puede trastornar

nuestra fe y nuestra confianza? Yo os lo digo en verdad: si pidiérais alguna cosa á mi Padre en mi nombre, os la concederá. Parece como que temeis, ó agotar mis tesoros, ó cansar mi paciencia; hasta aquí nada habeis pedido en mi nombre. Pedid y recibireis: yo no os digo que rogaré á mi Padre en favor vuestro; mi mismo Padre os ama, y no podrá negaros nada. Busquemos, imaginemos términos mas afectuosos, espresiones mas tiernas, mas eficaces, para escitar nuestra confianza.

PUNTO SEGUNDO.— Considera que Dios se ha obligado á asistirnos en todas nuestras necesidades, á protegernos en todos nuestros peligros, á concedernos todo lo que esperásemos de su bondad, y se ha obligado á ello en todas maneras. Nos ha dado su palabra, y la ha dado en términos tan claros y tan enérgicos, que no puede dudarse ni de su bondad, ni de su voluntad, sin acusar á Dios de doblez y de engaño. Sabemos que Dios no puede mentir. Creemos el misterio de la Trinidad, porque el Señor ha dicho que en la naturaleza divina hay una trinidad de personas que no destruye la unidad. El mismo Dios ha dicho en términos todavía mas claros que nos concederá todo lo que le pidiésemos; que aun sin esperar que se le pida, vela sobre todas nuestras necesidades para proveer á ellas; declara que cualquiera que espera en él, no será defraudado en su esperanza; declara que no hay peligro tan grande, necesidad tan ejecutiva de que no saque á los que recurrieren á su bondad. Toda la santa Escritura está llena de estas promesas. ¿Tememos que Dios falte á su palabra? ¿Dudamos de su sinceridad? ¿Quién ha esperado en él, dice el Profeta, que haya sido engañado? Dios promete á Abraham que poblará la tierra de sus descendientes; su hijo Isaac, segun la promesa del Señor, debe ser el padre de todo este pueblo. Sin embargo, Abraham recibe orden de Dios para que degüelle á este hijo único, sobre el cual estribaban todas las promesas del Señor, y este patriarca mira como un deber la obediencia. Pero ¿y en qué vendrán á parar las promesas de Dios? Esto no le embaraza. Dios le ha prometido una larga posteridad, y en verdad que un hijo muerto no parece que pueda ser padre de una nacion entera. ¿Pero es posible que Dios haya engañado á su siervo, ó que haya de hacer traicion á su palabra? Aun cuando fuera necesario trastornar todo el universo y crear un nuevo mundo, el Señor no se desmentirá jamás: puede hacerlo todo, y lo hará todo, antes que dejar de hacer lo que ha prometido. Estaba bien persuadida de esta verdad la mujer Cananea; así por mas que el Hijo de Dios la rechace, como indigna de la gracia que le pedia,

y aunque se sirva de términos duros, nada la desanima, su confianza persevera á pesar de la repulsa; por mas que la despida, persiste en pedir, y ella obtiene y es atendida con elogio. ¿En qué consiste que teniendo tantas razones para tener una entera confianza en Dios, tenemos tan poca? ¿qué es lo que nos la estingue? ¿qué es lo que la sufoca? no otra cosa sino nuestra cobardía, nuestra infidelidad en el servicio de Dios. Nosotros se lo negamos todo á Dios; no podemos persuadirnos que quiera oír nuestras súplicas y concedernos nuestras peticiones: nuestras infidelidades son las que estinguen toda nuestra confianza.

Comenzad, Señor, por concederme la gracia que os pido con confianza á pesar de mis infidelidades pasadas, la cual consiste en servirlo de aquí adelante sin reserva. No, Dios mio, yo no quiero negaros nada, y espero que me concedereis todo lo que os pidiere para mi salvacion.

JACULATORIAS. — En solo Dios está toda mi gloria, mi salud, mi apoyo y mi esperanza. (*Psalm. 61.*)

Mi mismo Dios se ha constituido el apoyo de mi confianza, mi refugio y todo mi consuelo. (*Psalm. 93.*)

PROPOSITOS.

1 No hay que buscar otra causa de nuestra falta de confianza en Dios, que nuestra ingratitud y nuestra poca devocion. Cuando no se cesa de desobligar á alguno, no es posible creer que la persona desobligada, por mas llena de bondad que se la suponga, quiera complacernos. Propiamente el testimonio de nuestra conciencia es el que debilita nuestra confianza en Dios y la hace tan vacilante. ¿En qué consiste que las almas fieles, que los santos tienen todos tanta confianza en Dios? Esto consiste en que su conciencia no les arguye de ninguna desobediencia considerable. ¿Quereis tener esta fuerte, esta entera confianza en Dios? No le negueis nada de cuanto os pidiere, y entonces pedidle sin desconfianza, y esperareis en él sin dudar.

2 Ninguna cosa nos hace tanto daño como esta falta de confianza en Dios: este defecto hace todas nuestras oraciones infructuosas; seríamos omnipotentes para con el Señor, si no careciésemos de fe y de confianza en él. No dejéis de escitar diariamente vuestra confianza, y especialmente en vuestra oracion de la mañana. En el discurso del dia repetid muchas veces esta corta oracion del Profeta: *En vos, Señor, he puesto toda mi esperanza; no seré yo confundido.* Antes de pedir nada al Señor, re-

animad vuestra confianza con esta oracion. Sea vuestra devocion favorita, y vuestra principal virtud, vuestra entera confianza en Dios.

LAS ROGACIONES.

Los tres dias que siguen al quinto domingo despues de Pascua, y preceden inmediatamente á la fiesta de la Ascension, están consagrados por la Iglesia á rogativas públicas y solemnes, acompañadas de ayunos ó de abstinencias, y de procesiones para pedir á Dios que se digne bendecir los bienes de la tierra, y proveer á todas nuestras necesidades.

San Mamerto, obispo de Viena en el Delfinado, estableció las rogativas públicas en su diócesis el año de 470, con el motivo siguiente.

Desde que los borgoñones se habian hecho dueños de esta parte de la Galia Vienesa, que hoy se llama el Delfinado y la Saboya, no se habia pasado año, ni estacion en el año, en que el país no se hubiese visto afligido con algun nuevo azote, y la desolacion era general. Eran muy frecuentes allí los terremotos, y los edificios mas sólidos no podian resistir á tan crueles sacudidas. Las bestias salvajes desolaban toda la campiña; una infinidad de lobos rabiosos entraban hasta las ciudades y en las casas en medio del dia, y devoraban á todos los que encontraban: cada dia, dicen los historiadores, parecia producir algun nuevo indicio de la indignacion divina. Los incendios eran muy frecuentes; pocas semanas habia en que no fuese alguna casa en Viena reducida á cenizas. La noche de Pascua del año de 470, mientras que todo el pueblo estaba reunido en la iglesia mayor con su obispo san Mamerto para la celebracion de los sagrados misterios, prendió el fuego en la casa del ayuntamiento, que era un edificio magnífico y muy elevado, sobre una eminencia que dominaba toda la ciudad. Cada cual temia por su casa, y el sobresalto fué universal. Todo el mundo salió de la iglesia y se interrumpió el oficio divino. El santo obispo permaneció solo delante del altar, en donde postrado y deshecho en lágrimas, rogó fervorosamente al Señor que librase á su pueblo de tantos azotes, y para aplacar la cólera de Dios hizo voto de establecer todos los años las rogativas, ú oraciones públicas, y las procesiones en su diócesis. Sobre la marcha cesó repentinamente el fuego, cuando parecia que iba á consumir toda la ciudad. La alegria que este acontecimiento maravilloso causó en los ánimos, hizo volver á todo el mundo

á la iglesia. S. Mamerto despues de haber concluido los santos misterios, y dado públicamente humildes gracias á Dios por un favor tan visible, declaró á su pueblo el voto que habia hecho, y les exhortó á que uniesen la penitencia á la oracion. Todo el mundo aplaudió los medios que habia tomado el santo obispo para aplacar la cólera de Dios, y no quedó duda á nadie que la estincion súbita y milagrosa del incendio se debia á las oraciones y al voto del santo prelado. Habiendo, pues, conferenciado sobre ello el santo obispo con el clero, se fijaron estas rogaciones á los tres dias que preceden á la fiesta de la Ascension, y ordenó que todos tres fuesen dias de ayuno. Por la primera vez se celebró esta funcion de penitencia con mucho aparato, y todavia mas devocion. Queriendo S. Mamerto contemporizar con la flaqueza de los que no hubieran podido sufrir la fatiga de una marcha demasiado larga en ayunas, se contentó con señalar para la estacion, ó término de la primera procesion, una iglesia de fuera que no estaba muy lejos de las murallas de la ciudad. Todo el mundo se halló en ella, y la multitud ostentó una devocion tan edificante, un corazon tan contrito y tan humillado, y un fervor tan general, que habiendo parecido muy corto el término de la primera procesion, se pidió que el término de las procesiones que debian hacerse en los dias siguientes fuese mas lejos.

Conocióse bien desde la primera vez quanto habia agradado á Dios la devocion y la penitencia del pueblo de Viena. No volvieron mas á sentirse temblores de tierra, no parecieron mas lobos, la campiña no fué ya nunca assolada, y no hubo ya en adelante que quejarse de la intemperie del aire, ni del desarreglo de las estaciones.

Era muy interesante esta piadosa institucion para que quedase reducida á la ciudad, ó á la sola diócesis de Viena: la mayor parte de las iglesias de las Galias se decidieron á imitar un ejemplo tan santo. Las rogaciones vinieron á ser una fiesta de obligacion en cuasi todas las diócesis; á fin de que lo que habia servido de remedio, fuese en lo venidero un preservativo. Considerando los obispos la sabiduría de la institucion de las rogaciones, hecha por S. Mamerto, creyeron que no podian hacer cosa mejor que conformarse con ella por el tiempo, por las oraciones, y por todo lo demás. El concilio de Orleans celebrado el año de 511 ordenó que las rogaciones se hiciesen en toda la Francia en el mismo tiempo y de la misma manera que se hacian en Viena. Esta costumbre pasó á España hácia el principio del siglo vii, pero no se hizo obligatoria ni de oficio para toda la

Iglesia latina hasta que el papa hizo de ella una ley de disciplina eclesiástica que está hoy en uso en todas partes. El papa Leon III fué el que estableció en Roma y por todas partes las rogaciones hácia el fin del siglo viii, sin obligar á los fieles al ayuno en razon de hacerse dentro del tiempo Pascual. Carlo Magno y Carlos el Calvo han promulgado leyes para la observancia de las rogaciones, prohibiendo trabajar en estos dias, lo cual se ha observado mucho tiempo en la Iglesia galicana. El ayuno que se observaba al principio con mucha regularidad, se ha convertido despues en simple abstinencia por consideracion al tiempo Pascual que es un tiempo de regocijo; pero la práctica constante en toda la Iglesia católica para la observancia de las rogaciones, ha sido siempre el acompañar estas preces públicas con espíritu de penitencia y de compuncion, y servirse de las letanias para pedir á Dios, por la invocacion de los santos y por su intercesion, la remision de los pecados, los socorros necesarios tanto espirituales como corporales, la paz de la Iglesia y del Estado, la conservacion de los bienes de la tierra y la separacion de todo lo que puede dañarnos ó turbarnos. Este es el fin que la Iglesia se propone en estas rogativas públicas.

Sidonio Apolinar dice que antes de S. Mamerto se celebraba ya una especie de rogaciones ó preces públicas y procesiones, las cuales se hacian con poco orden, y con menos devocion todavia; pero que S. Mamerto habia instituido otras mucho mas fervorosas, con mas orden y disciplina, y en un tiempo determinado. Se ve en la historia de la vida de S. German, obispo de París, escrita por Fortunato, que estas rogativas ó oraciones públicas se llamaban las letanias, es decir, que en el siglo vi se celebraban las rogaciones como en el dia de hoy. Decíase la misa que se llamaba de las rogaciones, haciase la procesion, y en ella se cantaban las letanias. Esta palabra *letanias* es un nombre que viene del griego, y significa oracion pública. Es una forma de oracion lacónica y concisa que se canta en honor de los santos, de los que contiene ciertos elogios ó atributos, al fin de cada uno de los cuales se les hace una invocacion en los mismos términos, la cual sirve como de estribillo. (*) Las letanias de los santos ó de la santísima Virgen que se cantan

(*) La Iglesia de España no admite para las preces públicas las letanias de que habla aquí el P. Croissel; así que en la de los Santos y en la de la recomendacion del alma se hace simplemente la invocacion de los santos sin elogios ni atributos, y con sola la respuesta á cada uno de la oracion: *Ruega, ó roga por nosotros.*